

12. nov. 08
18. febrero
JRS

Más allá de la búsqueda

De: *Juan* *A Estela; mi madre*
García Guerra

PERSONAJES:

Prometeo... Un joven.
Pandora... Una anciana.

1084397

MDRSRS
C.1

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

*El hombre fue creado rebelde.
¿Es que los rebeldes pueden ser felices?*

F. M. Dostoyevski

Más allá de la búsqueda

ACTO UNICO

(Una habitación de paredes negras. Inexpresivas caretas de cartón y cuerdas que parecen dirigirse hacia el firmamento. Una tribuna negra sobre la cual descansa una bata o manto y un gorro, ambos de color rojo fuego. Una pequeña banqueta también negra. A foro una puerta que da al mundo. La iluminación es parcial, por zonas; como una terrible fantasía de colores. El vestuario de los actores, completamente negro. Su maquillaje, blanco, con las facciones toscamente marcadas por colores contrastantes.

Al abrirse las cortinas, va apareciendo, gradualmente, Pandora. Dirige su mirada hacia todos lados con cierto temor. Al convenirse de que está sola, actúa con naturalidad. Saca un paño amarillo y comienza a limpiar los rostros de cartón. El paño parece una mariposa revoloteando entre tanta negrura. De pronto se detiene. Pueden verse sus facciones. Ha escuchado algo y siente miedo. Una corta e intensa lucha; no sabe si marcharse o quedarse; decide esconderse.

Se pierde en la oscuridad... Aparece Prometeo. También luce asustado. Mira a todas partes y poco a poco va calmándose. Ve la puerta abierta y corre presuroso hacia ella).

PROMETEO.— Otra vez la ha dejado abierta *(Al cerrarla, respira profundamente y hace un amplio gesto de posesión)*. Ahora está mejor. Sí, no cabe duda: estoy solo. *(Con amargura. Irónicamente)*. Es mejor estar solo. Solo y guardado como un ruiseñor en su jaula. *(Habla a las caretas.)* Presume de mala memoria, pero sé lo que quiere: vigilarme. No es posible que todos los días olvide cerrar esa maldita puerta a través de la cual tantos males me pue-

den llegar. Quiere investigar mis actos; encontrar mi punto débil... No lo logrará. Terrible mujer, Pandora, con su expresión de perro pedigüño; con su carga de tristeza en la mirada. Cuando la miro desde la oscuridad, me parece como si guardara en su seno todo el dolor del mundo. Aún más: como si ella misma fuera todo el dolor del mundo. El día en que le prohibí que me dirigiera la palabra, creí que lo solucionaba todo: que no volvería a sentirme compadecido por su pena. Pero es inútil: no puedo dejar de observarla cuando no me ve. Ejerce sobre mí una atracción extraña; como aquella que ejerce la llama sobre los insectos nocturnos: saben que en ella encontrarán su desgracia y sin embargo no pueden dejar de revoltear a su alrededor. Debo cuidarme: esa mujer es peligrosa... Mucho... mucho... Deja esa puerta abierta como una invitación para mi huída... Como una invitación... Los prefiero a ustedes, válgame Dios que sí. Con sus rostros inexpresivos, inmóviles. Ustedes, amigos, no pueden inducirme a nada. Permanecerán callados hasta el día en que comiencen a podrirse. Cómo me reiré, viéndolos caerse a pedazos... Pobres... pobres de mis amigos. Entonces estaré más solo que nunca... si es posible estarlo más... Pobres de mis amigos. Pobre de mí... Después de todo, nuestro destino es el mismo. El mismo para cada habitante de la tierra; ya se tenga cerebro de papel como ustedes o cerebro de alimaña como yo: nos desintegraremos en el tiempo. Después vendrán más papeles y alimañas para torturar y ser torturados. Para continuar esta lucha callada, en la que, tal vez, nadie quiera ser el vencedor ni el vencido. Esta lucha que, tal vez, nadie sepa que existe, y de la que todos somos actores principales. Pobres de nosotros, mis queridos hermanos. Pobre de nosotros... Pero, no más filosofía; no más charla inútil: vamos al grano... He traído en el día de hoy unas bellas palabras para ustedes; un hermoso discurso. Espero que les guste, o mejor: espero que les convenza. No he podido dormir en toda la noche, preparándolo. Nunca puedo hacerlo cuando una idea me da vueltas en el cerebro... En mi cerebro de alimaña... *(Camina hacia la bata que descansa sobre la tribuna y comienza a ponérsela. Luego se coloca la breve gorra.)* No podría asegurarlo, pero, tal vez, esta sea la idea que logre solucionarlo todo. Podría ser, ¿verdad? ... No es posible perder las esperanzas. Hay que estrujar las alimañas a cada minuto; ver si es posible sacar de ellas algo bueno. Quien sabe si algún día, en un amanecer, sin notarlo tal vez, encuentre la razón de todo; la llave para abrir todas las puertas; la espada para cortar todos los nudos; la panacea contra todos los males de esta alma... Dios lo quiera así... Pero vamos, vamos; no desperdiciemos el tiempo.

(Saca unos papeles del bolsillo.) Aquí... Voy a leer... No lo tengo completamente escrito, pero lo que falta en el papel, *(Señala su cráneo.)* está en esta caja elaborado a perfección. *(Desdobla el papel y lee.)* "Hombres del mundo; hermanos; hijos del mismo dolor... Una vez más ante ustedes: ante vuestros gritos de desesperación. Una vez más, tratando de resolver nuestros problemas con fórmulas." *(Deja de leer.)* Querría que dejara de serlo, para convertirse en realidades; pero es nuestro único camino; nuestro camino inevitable, el uso de ellas. Sí, desgraciadamente; pues carecemos de la inteligencia del Dios que pudo crear los astros, la tierra, los animales, los mares y el hombre, en seis días. Que pudo crear los problemas del hombre en seis días y luego descansar. Es nuestro único camino inevitable; porque la jornada que nos toca no parece tener fin; porque no podemos crear el Hombre tal y como serían nuestros deseos; tal y como resultaría a la imagen de nuestros pensamientos. Por eso les suplico perdón: por venir a embrujarlos con ideas... con palabras... con viento. Bien quisiera ser yo como aquel todopoderoso que tan sólo con su voluntad y la nada pudo dar término a su obra. Pero, como humano que soy, todo lo que puedo hacer es pensar; pensar y mostrarles el hilo de mis pensamientos... *(Vuelve a leer.)* "Hermanos; hijos del mismo dolor. He creado una fórmula para vencer al mundo; para vencer esa pobre naturaleza de papeles y alimañas; para poder dirigirnos, cargados de verdad, hacia aquel lugar del infinito donde el todo y la nada se confunden. Esa fórmula, extraída gota a gota de mis mejores deseos... *(Mira a todas partes. De pronto se siente ridículo; tonto. Se quita la gorra y trata de esconderla. La tira con rabia.)* ¿Por qué tanta ceremonia? ... ¿Por qué tanto decir? ... ¿Por qué tanta retórica? ... De nada valdrán mis palabras, al fin. No se hará ningún caso de ellas o serán utilizadas según la conveniencia de cada uno. *(Se quita la bata y baja de la tribuna.)* Es inútil hablar... cuando cada persona en este mundo vive encerrada dentro de los predios de su propio cuerpo; encadenada al "yo quiero ser feliz". Como si la felicidad pudiera comprarse con ceguera; como si fuera el problema del "yo" y no el de "nosotros"... Estamos tan solos. Tan solos dentro de nuestras pequeñas cárceles de huesos y de carne. Tan abandonados de los demás... ¿No es eso verdad? ¿No es acaso lo único cierto? ... Respondan... Respondan, por lo que más quieran. *(Pandora solloza en la oscuridad.)* ¿Eh? ... ¿Quién está ahí? ... *(Corre por la habitación preguntando con el gesto a cada rostro. Al darse cuenta de que hace una tontería, se detiene y ríe sin ganas.)* Qué tonto soy. Qué despreciable tonto. Pensé... pensé por un mo-

mento... que alguno de ustedes podía conmoverse con mis palabras... Tonto... tonto... Por desgracia, nadie puede responderme.

PANDORA.— Prometeo... (*Se hace visible. Prometeo queda petrificado.*) Prometeo...

PROMETEO.— ¿Qué haces aquí? ... ¿Por qué me hablas? ... Sabes que te lo tengo prohibido.

PANDORA.— Perdóname.

PROMETEO.— Vete... vete inmediatamente.

PANDORA.— No me iré.

PROMETEO.— Vete.

PANDORA.— No me iré. Es estúpido todo esto. ¿No te das cuentas?

PROMETEO.— ¿Qué es estúpido?

PANDORA.— Veo cómo sufres; cómo te destrozas. Veo cómo agonizas en cada segundo sin llegar a morir.

PROMETEO.— ¿Te importa?

PANDORA.— Sí... me importa. He pensado largamente y no llego a comprender el por qué de esta tortura.

PROMETEO.— Déjame solo, por Dios.

PANDORA.— Soy humana. No puedo presumir de ceguera ante tanto sufrimiento. Tú mismo lo dijiste hace un instante: no con cerrar los ojos podemos olvidar los problemas del mundo. ¿Por qué insistes en mantener esa actitud absurda, tonta, ridícula?

PROMETEO.— No es absurda. No es absurda... Tú no puedes comprenderlo. Es necesaria; absolutamente necesaria. Estoy convencido.

PANDORA.— Vives en un mundo de ilusiones

PROMETEO.— Yo viví en un mundo de ilusiones, una vez... Inocente en mi niñez prolongada, todo era para mí alegría, belleza, distracción, disipación; todo estaba bien, nada pensaba... Y cierto día, inesperadamente, un lamento indescriptible llegó hasta mis oídos; un lamento que rogaba por justicia o por piedad a falta de ella. Era el hombre que lloraba su dolor hasta el momento para mí desconocido. Las cuerdas más sensibles de mi ser parecieron quebrarse, y desde lo más profundo de mí mismo nació un quejido que se acrecentó a cada instante y se unió al lamento de mi hermano. Ya no hubo más paz: nació la protesta. Pensé y trabajé sin descanso, hasta el agotamiento, y encontré palabras que decir a los que suplicaban. Se crearon bandos, y los hombres se colocaron unos en frente de los otros. Hubo sangre entre ellos, y encontré a mis hermanos más desesperados aún. Me alejé de los hombres; busqué la distancia; creí descansar... Pasado el tiempo fueron a

buscarme. "Necesitamos de ti", me dijeron, "sólo tú pareces ver claro"... Y era tal su miseria y abandono que marché con ellos... Pensé que la situación no podía empeorarse... Oh, Pandora, cuán equivocado estaba; cómo fui engañado: el odio creció como una nube negra sobre la tierra. Escuché quejidos, gritos, alaridos. La faz del mundo se convirtió en una masa sanguinolenta de brazos, dedos, piernas y cabezas mutiladas... Y el amor se alejó más en cada pausa... Todo por mi culpa; soy un apestado; nací con alimañas en el cerebro. Tú no las ves; pero yo las siento. Las siento a cada instante. En este momento, las siento. No puedes comprenderlo; pero es verdad: contaminao todo lo que toco; todo lo que se me acerca.

PANDORA.— No puedes decir eso.

PROMETEO.— Es la verdad. No trates de engañarme.

PANDORA.— Nada es posible reprochar en tus palabras.

PROMETEO.— ¿Nada? ... Calla. Todos los que tienen su pie plantado en este mundo, son iguales. Eres igual que los otros. Eres un lamento más. Quieres engañarme: hacerme creer que lo blanco es negro; la maldad, bondad; que yo soy necesario. Pero no, ya no lograrán engañarme nunca más... Estoy enfermo de destrucción y mi mal no tiene remedio. Lo sé... (*Pandora hace como si fuera a hablar.*) No, no digas nada. Cállate. Lo sé; estoy convencido. "Ven a vivir entre nosotros; ya todo ha terminado; se ha olvidado; no tienes nada de que preocuparte; tus ideas son bellas y todos seremos felices al poder seguir las; reinará en el mundo la alegría"... La historia es vieja, ¿comprendes? Es un anzuelo que ya no puedo morder... Sangre y muerte por todas partes; revolución y guerra; muerte y sangre. Las esposas llorando a sus esposos; las madres azotándose la mente con los cuerpos sin vida de sus hijos... De sus hijos, ¿comprendes?

PANDORA.— Prometeo, déjame hablarte.

PROMETEO.— Cállate, cállate. No digas una sola palabra más. Vete, vete de una vez.

PANDORA.— Un minuto solamente.

PROMETEO.— No. (*Trata de escapar; no sabe por dónde... En un susurro.*) No... No... No... (*Toma la pequeña banquetta y con ella en alto, se avalanza sobre Pandora.*) Vete... Te doy diez segundos para que pongas los pies fuera de esta habitación. Contaré: uno, dos, tres... Si no te has marchado al terminar, juro, lo juro por lo más sagrado en esta tierra, que te mataré; te daré de golpes hasta que no pueda escuchar un solo latido de tu corazón... Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho... nueve... Vete...

Nueve... y... diez. *(Pandora no se ha movido. Prometeo corre hacia ella; pero antes de llegar se detiene. Deja caer el brazo.)* No... No puedo *(Se aleja nuevamente.)* No puedo.

PANDORA.— ¿Tú, el demonio? ... ¿El que habla de muertes? ... Ni siquiera puedes levantar la mano contra una pobre anciana.

PROMETEO.— No... no puedo... porque... amo. Amo a cada ser humano en este mundo; la vida del más pequeño microbio. Amo... la vida en sí. La vida... ¿comprendes? Es por eso, sólo por eso que... Déjame. Déjame solo, por favor. *(Cae de rodillas.)*

PANDORA.— Hablaré.

PROMETEO.— De rodillas te lo pido: por favor... Déjame, déjame.

PANDORA.— No me marcharé hasta que me hayas escuchado.

PROMETEO.— Más tarde, lo prometo, te escucharé. Ahora... ahora no puedo. ¿No ves que...? Dentro de unos minutos; quince a lo más. Lo juro... Lo juro... Es preciso que descanse unos instantes; estoy tan confundido. *(Lentamente, Pandora hace mutis y cierra la puerta tras de ella. Prometeo no se percata de su movimiento.)* Nada está claro... Nada... Nada... *(Ha quedado hecho un ovillo. Un largo lapso. Se levanta y mira hacia donde estaba la mujer; no puede reprimir un gesto de sorpresa al no verla... En voz baja.)* Pandora... Pandora... ¿Te has ido? ... ¿Por qué? ... ¿Por qué? ... No podrás engañarme, Pandora. Tonta. ¿Has llegado a creer que soy un estúpido, acaso? ... No soy ningún niño al que pueda convenirse con un caramelo de cereza... Me estás escuchando, lo sé... ¿Dónde estás? ... Sé que me vigilas; quieres aprenderte mis debilidades para con ellas derrotarme. No te canses, no te canses. Sal y cierra esa puerta para siempre. Para siempre, ¿me oyes? ... De nada te valdrá repetir tus visitas... Porque sé que tratas de volver y volver y volver hasta triunfar; hasta lograr mi rendición. Tonta, estúpida. Si tuvieras dos dedos de frente podrías darte cuenta de que todo será en vano. El más grande esfuerzo: en vano... La soledad... La soledad templó el espíritu. No me convencerás en todos días que me restan de vida. Soy fuerte. La compañía conmigo mismo me ha convertido en un titán; en una roca. Nadie logrará guiar mis pasos hacia el exterior. Esa es mi decisión y así se hará. No más sol para mí hasta el día de mi muerte... Pero... ¿de veras te has marchado? ... ¿Y por qué? ... Pandora... Estoy solo; es la verdad. Estoy solo. Deseo estarlo... y no me gusta. Quisiera poder vivir entre mis semejantes; moverme entre ellos; darles alegría aún

*desesperación
sol.
incógnita
angustia*

a costa de mis sufrimientos. Pero no es posible. Es inútil insistir sobre ello. Estoy condenado a este dialogar con mis ideas; a este soñar con palabras sin cuerpo, hasta la muerte... Entonces podré descansar y todos los humanos por igual. Me enterrarán en silencio, como lo he ordenado, y nadie sabrá de mí. Nadie... Muerto el perro, se acabó la rabia. *(Camina por la habitación. Su desesperación crece a cada minuto. Parece como si escuchara voces que vinieran de todos lados. Levanta las manos para acallarlas. Todo su cuerpo es una cuerda tensa. Cae de rodillas.)* Dios mío... Dios mío... Dios mío, ¿hasta cuándo? ... Ten piedad de este pobre hijo tuyo. Mátame. Bórrame de esta tierra... ¿No? ... No... Entonces, ¿por qué? ... ¿Por qué me abandonas? ... ¿Quién soy yo entre millones de vivientes? ... ¿Qué valor pueden tener mis sufrimientos para el ser humano? ... Ninguno. Ninguno. ¿Es tan difícil comprender eso? ... ¿Por qué tuve que nacer con este germen de inconformidad? ... Nada. No respondes. Tú, el inescrutable Señor, permaneces callado; mientras yo, al borde de la locura, me arrastro como un inmundo gusano. *(Se levanta.)* Al borde de la locura sí, pero sin llegar a ella. Ni siquiera eres capaz de concederme la inocente ignorancia de los dementes... Si pudiera descansar. Si pudiera dormir, al menos... Pero tampoco eso: el sueño no existe para mí. Existe una prolongación de la realidad con caracteres de pesadilla. Ni siquiera en esos minutos que logran otros robar al mundo consciente, puedo yo desprenderme de este fardo de dolor. Oh, destino el mío. Este arrepentimiento sin culpa... ¿Sin culpa? ... ¿Sin ninguna culpa? ... *(Da paseos rápidos por toda la habitación.)* Todo esto es absurdo... Sumamente absurdo... Nadie puede castigarnos si no hemos faltado. Es la verdad. Además, nada se resuelve con este sufrir. Nada... ¿Por qué debemos destrozarnos los pulmones en este quejarse infinito? ... ¿Por qué? ... ¿Por qué tanto dolor, entonces? ... *(Corre hacia la puerta... En voz muy alta.)* Pandora... Pandora... Vuelve... Vuelve por lo que más quieras... *(Lapso... Pandora abre la puerta.)*

PANDORA.— ¿Qué deseas?

PROMETEO.— Gracias.

PANDORA.— ¿Por qué me has llamado?

PROMETEO.— Quería preguntarte... Quería preguntarte... ¿Estoy yo equivocado? *(Pandora cruza el escenario.)* Pandora... *(Se detiene.)* ¿Tienen los humanos derecho a ser felices?

PANDORA.— ¿Qué quieres que te responda?

PROMETEO.— Yo...

PANDORA.— ¿Una mentira?

PROMETEO.— No.

PANDORA.— Diga lo que diga, será una mentira para tí. La mentira más horrenda: la de la traición. ¿Comprendes? ... Sólo lo que de ti salga no podrá traicionarte. ¿Qué tendría que responderte si tú también estás encadenado al “yo quiero ser feliz”? ... Soy un lamento más, como dijiste; carezco de poderes para cambiar tu destino; para sacarte de tu cárcel de huesos y de carne... Tuve una esperanza; por ella te hablé: eso fue todo. En realidad nada puedo hacer por ti. Reconozco que estaba equivocada hace un momento. Y si estaba equivocada, todo es inútil entonces. Más vale que volvamos a nuestro silencio. Yo a mi golpear de los rostros sin vida y tú a tus discursos tirados al vacío... Adiós... *(Emprende la marcha. Al pasar delante de él, se detiene y lo mira. Se reprime y vuelve a caminar. Ya a unos pasos de la puerta, se repliega sobre sí y solloza.)* Prometeo... Prometeo...

PROMETEO.— Pero, ¿qué es esto, Dios mío?

PANDORA.— Nada. No es nada.

PROMETEO.— ¿Por qué no alcanzo a explicarme lo que sucede? ... ¿Qué son estos latidos? ... ¿Qué esta niebla en mi cabeza?

PANDORA.— Ven, hijo mío. *(Lo abraza.)*

PROMETEO.— Es horrible... Vuelvo a escuchar los quejidos del hombre, y otra vez siento necesidad de ayudarlo... Eso no puede ser mentira. No puede haber traición en este sentimiento. *(Pandora extiende sus brazos.)*

PANDORA.— Ven, hijo mío. *(Lo abraza.)*

PROMETEO.— La verdad... dímelas.

PANDORA.— Calla... No hables... No digas nada... Ven... *(Se ha sentado en la banqueta. Prometeo descansa a sus pies.)*

PROMETEO.— Hace ya mucho tiempo que vine a este mundo.

PANDORA.— Y quisieras estar cansado.

PROMETEO.— Cansado para poderme acostar a morir, tranquilamente.

PANDORA.— No es posible.

PROMETEO.— Sin conciencia del tiempo y del espacio.

PANDORA.— Sin conciencia de los hombres; de esos hombres entre los cuales tú eres uno más.

PROMETEO.— ¿Uno más?

PANDORA.— Sí... Uno más que sufre y que padece por el simple hecho de estar vivo.

PROMETEO.— ¿Cuál es la culpa, entonces? ... ¿Cuál es el pecado?

PANDORA.— Nuestro único pecado es “no saber”. Escucha, Prometeo... Hace ya mucho tiempo. Muy atrás; cuando el bien y el mal no habían sido descubiertos... Allá; en un paraíso de cosas limitadas, fue creado el hombre: la primera interrogación plantada en esta tierra... Una voz le dijo: “Eres feliz”, y él no lo era. “No debes buscar”, le decía, “lo tienes todo”, y él sabía que algo le faltaba... Y buscó... Aruñó la tierra; secó los mares; tumbó bosques y montañas... y sólo encontró, que dentro de su ser algo mejor había: aquello de la explicación perdida. Sólo encontró la diferencia entre su ser y aquello dentro de su ser. Y buscó más todavía... Buscó... Y nunca más pudo ser feliz; porque aquello que buscó se llamó felicidad... Búscala, Prometeo; sigue explorando por los cuatro puntos cardinales. Y que los que vengan después de ti: tus hijos y tus nietos, también la busquen. En todas direcciones... Búscala en los hombres... Búscala en mí.

PROMETEO.— Atrás... muy atrás... y hasta el futuro, siempre lo mismo.

PANDORA.— La esperanza da un color distinto a cada cosa... y nosotros la tenemos... Es necesario que nos sujetemos a ella, aunque nos quememos las manos a cada instante. Es necesario, hasta un día. Es necesario escaparse de esta cárcel de envidia, de miedo, de lujuria. Y tú tienes fuerza suficiente para romper estas cuatro paredes negras; para destruir esos rostros de cartón, sin alma y sin conciencia. Tú tienes alas, Prometeo, para volar hasta los cielos y mostrar esa senda a los demás.

PROMETEO.— ¿Y el dolor... nada vale?

PANDORA.— Nada *(Lo aprieta contra sí.)* Pobre niño... Pobre e inocente hombre... Mi corazón se desgarró por tí. Sufro hasta la muerte por tu sufrimiento. No hubiera querido hablarte nunca. Nunca hubiera querido ni siquiera haber nacido. *(Lo arrulla.)* Cuánto deseo que pudieras descansar; poder tenerte siempre así: contra mi seno; acunándote como a un recién nacido; protegiéndote de toda maldad... de toda bondad, aunque fuera la mía.

PROMETEO.— No me dejes.

PANDORA.— Tu dolor es mi dolor y tu alegría será mi alegría. He comenzado a ser tú mismo; a formar parte de ti.

PROMETEO.— ¿Otra vez la muerte y la desgracia?

PANDORA.— No importan.

PROMETEO.— ¿Y entonces? *(Se levanta.)*

PANDORA.— ¿Tengo yo que decírtelo? *(Tras una pausa.)*

PROMETEO.— No.

PANDORA.— Gracias. (*Se levanta también.*) ¿Sabes realmente lo que nos espera?

PROMETEO.— Nos espera un largo camino hasta el calvario.

PANDORA.— Sí.

PROMETEO.— Nos espera la soledad entre los hombres.

PANDORA.— La incompreensión.

PROMETEO.— Los escupitajos en la cara.

PANDORA.— Una pesada cruz.

PROMETEO.— La vergüenza de toda la tierra.

PANDORA.— Nos espera un lanzazo entre las costillas. (*Tras una pausa.*)

PROMETEO.— Vamos.

PANDORA.— Hacia afuera.

PROMETEO.— Vamos. (*Ella lo toma de la mano y guía sus pasos hacia la puerta.*)

PANDORA.— Fuerza, Prometeo.

PROMETEO.— La tenemos... sólo somos uno.

PANDORA.— Sí... Somos el dolor del mundo, que busca desesperadamente... algo que lo destruya.

(*La cortina se cierra sobre la salida a la luz, y... nuevamente el principio.*)

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARIO'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
CAMPUS DE RIO PIEDRAS

Santo Domingo,
marzo 18 del 1963.

Don Quijote de todo el mundo

A mis amigos y a mí mismo:
Quijotes.

PERSONAJES

(*Por orden de intervención*)

El Escritor

Alonso Quezada

Dulce

El Cura Pérez

El Gobernador

Juan Sánchez

Primer Conspirador

Segundo Conspirador

Tercer Conspirador

El Camarero

El Dueño del Hotel

Un Prisionero

Otro Prisionero

La Vieja Campesina